

MARCA
REGISTRADA

EDICION ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60.
 ☐ Telégrafo LIBROJA.

Apartado 547.—Teléfono 1843.
 Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

UN PEQUEÑO REPORTER

Sección vermouth.

JOAQUIN DICENTA

Cantares.

PEDRO DE RÉPIDE

Las tenacillas.

F. DE LA ESCALERA

¿Cú cú?

JULIO ROMANO

Lo otro.

MISTINGUETTE

Disposición acertada.

GONZALO CANTÓ

A un sacamuelas.

JESÚS ACEDO

El fenómeno.

JOSÉ LEBRÓN

Botón.

TOVAR, DEMETRIO Y CIRIA

Varios dibujos y retrato de
 La Margot.

MARGOT

Una artista "bien"



5 cénts.

SECCION VERMOUTH

El nuevo alcalde de Madrid, á quien los madrileños teníamos á cala, ha dado por fin el ombligo municipal dictando nuevas reglas para la ocupación de los tranvías, lo cual es una ocupación como otra cualquiera.

Lo primero que hemos descubierto es que el Sr. Vizconde de Eza no es partidario de la bajada por delante y eza es ya una opinión discutible, pero opinión al fin y al cabo. Por lo pronto se han resuelto, al menos por ahora, la serie de conflictos que á diario ocurrían en los mencionados vehículos. El maremagnum era total, porque el público, salía ó entraba en el tranvía conforme á los gustos y costumbres que tuviere el cobrador.

FIRME PROPÓSITO



—¡O te quiero ó me enveneno!

Tomaba usted uno de la Fuentecilla y le ordenaban que saliese por la plataforma anterior é inmediatamente subía á otro de las Ventas y le exigían que se apeara por la posterior, y así ocurría con todas las líneas, viéndose la gente obligada á sostener diálogos un tanto pecaminosos con los encargados del eléctrico coche del Pueblo.

—Cobrador ¿por dónde me bajo?

—¡Vaya una preguntal la bajada por delante.

—¿Y ese sacerdote que ha salido por la otra?

—Es que me ha dicho que tiens la costumbre de hacerlo por detrás.

Y naturalmente, surgían las discusiones y las pependencias á las que ha venido á poner término la disposición del alcalde, el cual, según nos ha comunicado por medio de la Prensa diaria, se preocupa también de varios problemas no menos importantes para el vecindario.

Por lo pronto en los próximos presupuestos municipales habrá aumento de consignación para dos importantísimas cuestiones: la enseñanza y la limpieza.

Así, á primera vista, parece que ambos problemas son independientes, y sin embargo, examinando el asunto con un poco de cuidado, son el uno, complemento obligado del otro. Para que haya limpieza debe de haber previa enseñanza, y viceversa; la enseñanza que carece de limpieza, es absolutamente contraproducente. Tal es al menos, la opinión de los doctores en estas arduas materias de la estética en su relación con la Higiene pública, si que también la privada.

En esto parece que el nuevo alcalde quiere recoger una amarga lamentación del saliente, el cual, en recientes manifestaciones hechas á un periorista, ha dicho que sentía haber dejado la vara, entre otras cosas, porque se disponía á establecer una casa de baños populares. «En Tokio —añadió dándonosela de hombre cosmopolita— hay 300 baños públicos y en Madrid sólo existen cinco y bastante malos

por cierto. La limpieza es símbolo de adelanto de los pueblos».

Como se ve, ambos alcaldes, el de Romanones y el de Dato, coinciden en sus apreciaciones. No hay duda que los dos tienen la cabeza empapada en teorías semejantes para hacer la felicidad del vecindario.

Yo no sé si el Zar de los búlgaros será de la misma opinión que estos regidores de los madrileños, pero de lo que no hay duda es de que, á pesar de todo lo que nos han dicho los correspondientes, ahora resulta que aquella nación está encantada de su soberano. Al menos eso se desprende del título de un telegrama, de Sofia, que acabo de leer: *Bulgaria, satisfecha del Zar* ¡Es todo un poema el tituló!

Qué filigranas hará el señor para que la declaración sea tan concluyente y rotunda.

Se está viendo á Bulgaria, plétórica de placer, mirar con ojos entornados á su narigudo jefe de Estado y decirle dulcemente: «Ay, chico, ¡qué satisfacción me tienes!».

He ahí un admirable ejemplo de sabiduría en la ciencia de gobernar. Porque por grande que sea la habilidad y la pericia de un soberano, ¡retrotrone si hay que tenerla desarrollada para dar gusto á una nación entera!

Bien es verdad que no se trata de modestos alcaldes, principal instrumento de buen mando (es la limpieza pública), sino de un poderoso y robusto Zar que, por lo visto, tiene mucho más elevado el instrumento. ¡Por algo es Zar!

Y ver al-zar constantemente, debe ser un gran atractivo. Sobre todo para las búlgaras.

Así se explica que estén satisfechas del todo.

Un pequeño REPORTER

CANTARES

Oye un cantar que yo canto:
Si supieras dueño mío...
Lo que falta del cantar
hay que cantarlo al oído.

ENTRE ELLOS



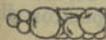
El amigo.—Si esa mujer se te pusiera á tiro, ¿cuál preferirías, esa ó la propia?

El otro.—Yo la mía.

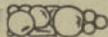
Cayó una noche en el fango
y, en vez de salir desnuda,
salió vestida de raso.

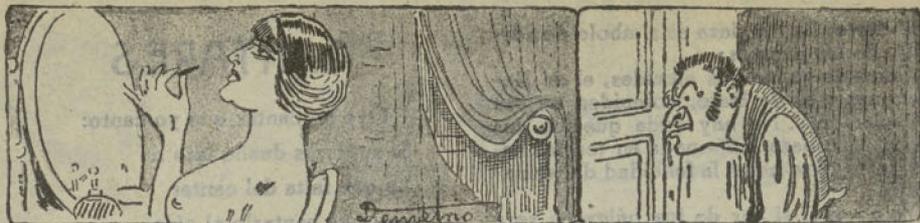
Dicen que no tienes alma.
Para lo que yo te quiero,
maldito si te hace falta.

Joaquín DICENTA



¡¡Pero qué preciosidad de Almanaque estamos haciendo!!





Las tenacillas La guardación se despedía. Carlos Moncada, el mejor mozo de toda la oficialidad, dejaba al día siguiente aquella ciudad provinciana, tan aburrida y tan tristonra para quien no tuviera como él la suerte de encontrar en todas partes un dulce refugio en el amor. Asilo grato, que le permitía pasarlo bien en cualquier parte que fuese, con tal de que hubiese allí mujeres guapas. Por lo mones una, que ya una larga experiencia que le tenía muy mal acostumbrado, házale saber que si no había en cinco leguas á la redonda más que una hermosa mujer, aquella pera en dulce era para Carlos Moncada.

El asistente estaba acabando de hacer

«COLMOS» ILUSTRADOS



M de la curiosidad.

las maletas, y el arrogante oficial, después de atusarse los rizados mostachos junto al espejo, porque él no transigía con la moda de llevar el bigote recortado como un cepillo de los dientes, púsose á mirar en los cajones de la mesa de su estancia, en requisa de lo menudo que fuese para él interesante y pudiera quedar allí olvidado. Había un cajón que se resistía á salir. Redobló Moncada su esfuerzo, y, por fin, pudo sacarlo y sonreír ante lo que guardaba. Eran los recuerdos de su gran conquista en aquella ciudad. Carmela, una buena moza, casada joven con un vejestorio, coronel retirado, que vegetaba en aquella población vetusta.

¡Oh, qué días y qué noches! No lo olvidaría jamás. Y allí estaban unas cuantas fruslerías, que le recordaban aquella felicidad pasada. Allí las flores que llevaba sobre su pecho en el baile del general, la noche que se conocieron y se entendieron en seguida. Era indudable que habían nacido el uno para el otro, por lo menos durante una temporada. Y al lado de un paquete de cartas, había otros recuerdos; los de siempre. Un pañuelo, un guante, más flores y, entre todo aquello, un objeto algo prosaico. Unas tenacillas.

Se las había regalado Carmela, enamorada de los admirables bigotes del marcial caballero. Ella tenía particular empeño en que se los rizase con aquel instrumento de belleza que le dedicaba amorosa. Y él, después de usarlo, efectivamente, había acabado por guardarlo en aquel cajón, cuando sus relaciones con la coronela terminaron poco á poco.

Pero la vista de aquellos despojos amaratorios, trajéronle á la memoria la imagen codiciable de la encantadora Carmela. ¿Y se iría sin volverla á ver? ¿Acaso tenía tiempo todavía? Sí. Era preciso verla una vez más.

Y la figura de su antigua amante, tomaba cuerpo y realidad ante él, que se sentía obsesionado por el recuerdo, cuando llamaron á la puerta unos golpeitos dis-



—Julia, Julia, limpia esto que ha hecho el pez: to, no vaye á creer el lector que yo...

cretos. El mismo fué á abrir, y quedóse estupefacto en el umbral. La recién llegada era la propia Carmela, sin ensueño, ni ficción alguna.

—¿Te vas? —le preguntó.

—Sí, ya lo ves. Me voy.

—¿Y sin despedirte de mí?

—Te aseguro que en ti, estaba pensando yo ahora mismo.

Y llevándola hasta delante de la mesa, mostróla el abierto cajón donde yacían los recuerdos del tiempo que pasó.

Carmela los contempló sonriendo, como él había hecho antes.

—Me los llevaré —dijo—. Yo los sabré conservar mejor tú.

Poro Carlos, que había sentido revivir su pasión por aquella mujer, negóse en absoluto. Aquellas flores, aquel pañuelo, aquel guante, vivirían siempre en su íntima compañía.

Pero Carmela era, sin duda, mujer práctica, y consintiendo en dividir los recuerdos, reclamó para sí las tenacillas, adjudicándoselas sin apelación.

Dos años después se reunían en Madrid, Carlos Moncada y dos oficiales del regimiento que le habían sucedido en la guarnición de la ciudad aquella donde él tuvo su aventura con la hermosa Carmela. Hablaban de la vida en aquella población, y uno de ellos refirió sus amores con la guapa dama que se deshacía en elogios á sus bigotes y le había regalado, para ellos, unas tenacillas. Usadas estaban ya, pero con un dichoso uso, según ella explicaba, porque les había utilizado para ondear su negra y opulenta caballera. Por cierto, que cuando acabaron sus relaciones, ella se había llevado las tenacillas para tener un recuerdo de él.

—Yo siento —declaró entonces el otro oficial, también buen mozo y bigotudo—, quitarte una ilusión. Pero has de saber que yo te sucedí en el amor de Carmela, y que á mí me regaló entonces las tenacillas.

Carios Moncada callaba, prudentemente, no queriendo revelar que él también, y anteriormente, había sido propietario de las tenacillas famosas.

—Y habéis de saber —dijo el último que habló— que puedo estar seguro de que Carmela será fiel á mi memoria. Buena



El marido.—¡No, rica mía; si yo no me opongo á que venga tu primo cuando yo me estoy aquí, pero lo que te suplico es que si tenemos un hijo, no se parezca á él!

prueba de ello es que yo me he traído las tenacillas, y en mi casa las tengo.

Los tres se quedaron muy conformes. Pero no tardaron en enterarse de que Carmela, se dedicaba ahora al elemento civil y su nuevo amigo, partidario de la moda inglesa, iba completamente afeitado.

Pedro de RÉPIDE

¿Cú cú? —¿Aceptas?

—Bueno, convenido: ya sabes; si mi marido llega á cometer alguna infidelidad, procediendo yo en justa correspondencia transigriré y estaré á tu disposición: mientras no la cometa, es imposible; yo quiero llevar en todos los actos de mi vida la razón por delante.

Viva alegría se reflejó en el semblante de Luis.

—Quedas, pues, lealmente comprometida por tu palabra. En cuanto Ricardo sea infiel vendré á reclamarte el precio de mi cariño, de este cariño inmenso, avasallador, ciego, que siento por ti. Porque tú, Luisa, eres mi alma y mi vida, mi realidad y mi sueño, todo: vivo, desde que te conozco, con el constante anhelo de poseerte, de poder acariciarte libremente, á pleno placer, y llenarte la boca de besos, y el cuerpo, y hasta las entrañas, porque tan apasionados habrían de ser que se infiltrarían á través de tus labios hasta llegar á lo hondo, á lo más hondo, al maravilloso filón de tu materia viva...

—¡Qué exagerado!

Luisa se echó á reír; pero con risita, más que de burla, de emoción, de histerismo. Estaba satisfechísima, ahora más que nunca, de la vida; porque desde hacía ya mucho tiempo, desde su edad de soltera, venía sintiendo por Luis una peligrosa predilección.

—¡Adiós, vida mía; rica de mi alma! Ya sabes: en cuanto Ricardo te falte, reclamaré yo.

—Convenido.

AL OLOK



—Mamá, no te hagas ilusiones que no es nada de pescado.

Se despidieron apresuradamente con un apretón de manos, y Luis se marchó al casino á buscar á Ricardo, su amigo íntimo, á quien conocía y trataba con plena asiduidad desde que ambos eran niños y estudiaban juntos.

Porque hay amistades tan entrañables, tan sólidas, que no son susceptibles de romperse, nada más que al peso de la traición de una mujer.

II

Conocía Luis de sobra que Ricardo caería al fin. Le sabía de memoria á su amigo: le constaba que era un inconstante, un caprichoso; que para el amor era un viento tornadizo; que era mujeriego y conquistador como el que más. Y como para mayor desenfreno Ricardo contaba en lo

sucesivo con el impulso y el acicate de Luis, éste consideraba la partida de amor como absolutamente ganada.

Y pronto sucedió. Cierta noche, después de estar juntos Ricardo y Luis jugando en el casino hasta las altas horas, salieron juntos y decidieron visitar determinada casa galante de confianza...

Entran. Van riendo, cantando, felices, decidores.

Por un momento, Ricardo se pone triste, porque se acuerda, con el natural remordimiento, de su pobrecita mujer.

Luis advierte la momentánea preocupación de Ricardo y trata de distraerle.

—Pero hombre —le dice en reserva—; ¿te pones ahora así?

Luis, avergonzado de ser, siquiera por un minuto, la nota discordante, se repone, sonríe forzosamente y le contesta:

—¡Bah, no hagas caso: ya pasó! Era un pequeño remordimiento; ¿sabes?... Me acordaba de Luisa, de mi mujer; como es la primera infidelidad desde que nos hemos casado...

Se retiraron, uno y otro, á sus habitaciones respectivas, sin necesidad de haber elegido previamente entre las bellas cuáles habrían de ser; eran todas muy hermosas y no se consideraba necesaria la previa exhibición; al contrario; con este pro-

ESTUDIOS FISONÓMICOS



La cara que ponen las nenas en cuanto empiezan á sentir angustia.



Núm. 2 de «M delo de piernas» de la señorita A. G.

cedimiento, siempre se encuentra uno, en el momento más crítico, con la grata sorpresa de hallar lo deliciosamente desconocido.

Y pasó la noche... Y fueron ambos felices... Y amaron... Luis se marchó antes de amanecer, sin aguardar á que Ricardo se levantase, porque tenía que resolver cierto asunto urgente...

III

A la siguiente tarde Luis y Ricardo volvieron á encontrarse en el casino.

Luis aún no se había presentado ante la mujer de su amigo, en espera de que llegase la noche, por ser ocasión más segura y más propicia, puesto que Ricardo tenía la invariable costumbre de retirarse siempre muy tarde á su hogar.

—¡Hola, Ricardito! ¿se ha descansado ya, calaverón?

Ricardo estaba muy pálido. No le contestó. Le cogió de la mano, le condujo hasta un rincón apartado de la biblioteca y le dijo:

—Chico, me ha pasado una cosa extraordinaria; ¿no sabes?... Lo más raro... ¡El demonio son los celos de las mujeres!

—¡Acabal

—Sí, te lo diré; ya sabes que para ti no tengo secretos.

—¿Qué es ello?

—Pues nada, que anoche, cuando me fui á meter en la cama en casa de la *Macarena*, ¿sabes tú con quién me encontré?

—¿Con quien?

—¡Con mi mujer!

—¿Con Luisa?

—Sí, la misma. Nada, que estaba celosa, que nos siguió y que, mientras nosotros estábamos de tertulias en el gabinete azul, ella subió, se puso al habla con el ama y quedó convenido entre ambas en que yo sería conducido á su habitación.

¡VAYA UN MATRIMONIO!



Ella (turiosa).—¡Lo que te digo es que no tienes nada de hombre!

El (más furioso).—¡Tú sí que no tienes nada de mujer!

Ricardo se quedó como quien ve visiones; caían por tierra todos los bellos castillos que construyó en el aire.

IV

Cuando Luis se presentó ante la mujer de su amigo, ella le recibió con una risita de burla...

Francisco de la ESCALERA

Leed en EL LIBRO POPULAR

LA VICTIMA

novela completa por
ROBERTO MOLINA

20 céntimos

Lo otro Don Tomás era un santo varón. Educado cuando joven bajo la férula de un preceptor exigente y austero, había acallado violentamente las exigencias libidinosas de la carne en la pubertad.

Su vida era clara y diáfana. No tuvo pasiones. Muchas veces sufrió el tormento de Tántalo, bajo la mirada inquietante y felina de una hembra lasciva. Y venció.

Incapaz por sí solo de aplacar los gritos angustiosos de su sangre joven, buscó

ANUNCIOS ILUSTRADOS



Aprenda a cantar se necesita con urgencia.

refugio en la lectura de los libros sabios cuyas enseñanzas eran un dique formidable á sus deseos pruriginosos.

La vida ejemplar de San Antonio, viviendo en pleno desierto y ahuyentando el grito infernal de los deseos, le encantaba. ¡Ah, la vida del santo mártir, viviendo entre bichos feroces y nutriéndose únicamente de peras silvestres!

También sentía una admiración sin límites por el divino Platón. La teoría del maestro era un sedante dulce que calmaba sus nervios excitados.

En estas condiciones, sos'eniendo luchas terribles, llegó don Tomás á los cuarenta años. Su temperamento sanguíneo, su naturaleza fuerte y vigorosa pedía á voces una mujer. ¡Una mujer! Éste era el grito que salía de todos sus poros, que le obsesionaba constantemente, produciéndole insomnios. Y él buscaba abrigo en la enseñanza de sus maestros: «La naturaleza humana, dice Platón, se compone de alma y de lo otro» ¡Lo otro! ¿Cómo combatirlo? Y algunas mañanas don Tomás, triste, cejijunto y lleno de tribulación abandonaba el lecho, ostentando en su cara lívida, en sus ojos rodeados de profundas ojeras, y en sus piernas vacilantes, las huellas de sus largos insomnios.

Su débil estado le alarmó y pensó en el campo.

Don Tomás tenía en un pueblo próximo

á Madrid una rica hacienda, donde se instaló. Allí, en plena naturaleza, con sus libros favoritos, lograría hacer huir aquellos fantasmas duros y atonizadores que amargaban su vida.

FLÉRIDA



Cancionista española.
Un caso de elegancia, de distinción y de belleza
juna tontería de criatura!

El cuidado de la hacienda lo tenía confiado á una familia de vida ejemplar y cristiana. Componían ésta un matrimonio y dos niñas, la mayor de las cuales no había visto pasar diez y siete primaveras. Estas muchachas, llenas de salud y vida, tenían todo el encanto de esas flores silvestres y pleotóricas de savia que embalsaman las asperezas agrestes de los montes.

A don Tomás le pusieron su habitación contigua á la de las dos muchachas. Los viejos cancheros de su finca tenían por él un respeto idolátrico:

—¡Ah, don Tomás, decían, es un santo.

Y lo era. Cuando de noche, sumergido en el lecho oía las risas y los juegos de las hijas del guarda de su finca, el tenía un recuerdo piadoso para San Antonio, el santo mártir, viviendo en el desierto y alimentándose con manzanas, peras silvestres y otras frutas desahridas.

Y las dos jovencitas, Rosa y Matilde,

de, enardecían inconscientes la vapuleada naturaleza de don Tomás, con sus juegos.

Una noche don Tomás se puso malo. Sentía un gran malestar físico. Durante unas horas no dejó de dar vueltas en la cama. La obscuridad de la habitación se



REFLEXION

— Sí; mucho más perfecto que un hombre, porque tienes una lengua sabia y... no se lo dices á nadie.

— Hazme lo que quieras, pero pronto, repitió quejumbroso.

Lo otro llegó á su paroxismo. Dentro de unos momentos la muchacha entraría en el cuarto á traerle una taza de caldo.

La obscuridad de la alcoba, el suave calor de las sábanas, el desasosiego de su sangre bulliciosa, las carnes incitantes de Matilde, la hora, el sitio, todas estas cosas trastornaron su cabeza y le hicieron olvidar los ejemplos de sus maestros.

Matilde penetró en el cuarto del amo, después de pedir humildemente permiso. Llevaba en sus manos una taza humeante. A la mezuina luz de una vela, envuelta en una ligera saya, Matilde era el ángel tentador.

Don Tomás, incorporado en la cama, la miró extasiado. El divino cuerpo de la moza despedía un dulce vaho que embriagaba. Don Tomás abrió las ventanas de su nariz, aspirando ansioso los effluvios de la carne joven. A la boca de nuestro hombre afluía un caudal imponente de saliva, sus ojos se colorearon rápidamente...

Rodó por el suelo la taza, derramándose el líquido en el suelo; un fuerte soplo apagó la vela...

Lo otra había vencido.

Julio ROMANO

poblaba de fantasmas. Encendió la luz y paseó por la habitación. No podía vivir. Desesperado, cogió la aljofaina y se llenó de agua fresca la cabeza y los brazos. En el espejo de su habitación pudo ver alrededor de sus pupilas, unas estrías rojizas... ¿Qué era aquello, Dios mío? Era lo otro, que se sublevaba, que pedía vida, la vida que es calor y movimiento... Lo otro, exigente y tiránico. ¿Qué hacer? Todo el mundo dormía en la casa. Silencioso y cauto se acercó á la puerta de la habitación de las muchachas, y llamó. Después, arrepentido de su obra, corrió á su cuarto y se metió lleno de vergüenza entre las sábanas.

Las hermanas despertaron sobresaltadas. ¿Estaría enfermo don Tomás?

La mayor, Matilde, abandonó la cama, y conñada y solícita, acudió á la puerta del cuarto del amo.

— ¿Está usted enfermo, don Tomás? — dijo ella con voz suave.

A estas palabras respondió desde dentro un quejido lento:

— Sí, sí, estoy muy malo.

— ¿Quiere usted que yo le haga algo? — insistió candorosa la muchacha.

Disposición Esta aventura tuvo efecto en los tiempos de la Regencia, esa época en que Felipe de Orleans, según la historia, daba el ejemplo de las más desenfrenadas orgías en los bailes de la ópera

acertada

UNA NENA A LA MODERNA



La nena.—Te estás quedando muy débil, Pepite.

El niño.—¿Y por qué lo dices?

La nena.—Porque si piensas casarte conmigo no tendré más remedio que ponerte en ridículo.

y en las cenas donde mis compañeros ordinarios Dubois, Broglie, Brancas y Canillac habían ganado y merecido el nombre de *roués* (*).

A la cabeza de estos *roués* se hallaba el barón de Magrabois, vigoroso aristócrata, enamorado del vino y de las aventuras fáciles.

La accidentada existencia del barón, cuya jovialidad e ingenio eran proverbiales, no lo había impedido casarse.

La baronesa era, en la época de la boda, una linda y gentil criatura, pero el estado matrimonial, como ocurre con frecuencia, transfiguró á la dama y una excesiva gor-

dura fué causa de que el señor de Magrabois se separase de ella muy amistosamente, lanzándose nuevamente á la vida disipada á que era tan aficionado su gran amigo el Regente.

A pesar de su desvío y de sus orgías la baronesa sentía por él fogoso afecto y aunque dominada por los celos, como no era tonta, no los dió á entender para evitar que su esposo se separase aún más de su lado.

Enamorada, buscaba la manera de atraerlo, un medio exento de vulgaridad, porque sabía que el barón, por disposición de su naturaleza, afrontaba con gusto todo lo que se salta de la rutina, todo lo que no fuera, según su expresión, el *tran-tran* ordinario de las cosas.

La señora de Magrabois, para recon-



—Me da miedo saltar porque se me torce el descote tan bajo...

(*) *Roué*, persona sin principios, ni moralidad.

LAS NIÑAS MAL EDUCADAS



—¡Pues si no quieren ustedes verme así, no miren!

quisitar el corazón del hidalgo, imaginó una estratagemata que, á su entender, era de lo más ingenioso. Resolvió hacer creer á su esposo que un caballero le hacía la corte, contando con ello estimular su amor propio y darle celos.

Para su endiablado propósito escogió el caballero de Parmesans, un aristócrata agradable y gentil pero que, extremadamente ambicioso, tenía abandonada á su lindísima esposa.

Una fiesta palatina proporcionó á la baronesa ocasión de ofrecer al caballero de Parmesans interesarse por sus pretensiones cerca de Felipe de Orleans y no desaprovechó la oportunidad de guñarle los ojos de una manera descarada y asesina, invitándole á comer en su casa.

Acceptada la invitación la baronesa consiguió quedarse á solas con él y, por medio de un anónimo, hizo que su marido se enterase del atentado que iba á cometerse contra su honor.

...Cuando el caballero de Parmesans salió de la habitación con altiva petulancia, pero no sin cierto sobresalto, el barón dijo á su esposa:

—Debéis saber, señora, puesto que ya ha pasado vuestra niñez que sois mi mu-

jer y los deberes que esto implica. Y me permitiréis que encuentre extraña vuestra coquetería con el fatuo caballero de Parmesans.

La baronesa, muy satisfecha y provocativa, replicó con gallardía:

—Mejor fuera que tomarais algunas de esas coqueterías para vos, querido esposo. Sabed que si pobre y humilde supe conquistaros con mi belleza aún soy bastante agradable para atraer las miradas y cautivar corazones más atentos que el vuestro, magnífico roué... Y como el gallardo caballero de Parmesans me ha declarado su amor, si vos no ponéis remedio es fácil que...

—Ese caballero, señora baronesa, marido de una linda mujer, añade á su ternura por vos algunas onzas de ambición, porque hay que confesar que estáis demasiado gorda para inspirar una pasión.

—Os engañáis, confiado barón, —repuso la dama, herida en lo más profundo de su amor propio—. Cuando entrasteis me decía el caballero de Parmesans: «Mi mayor felicidad sería pasar unos minutos con mi cabeza reclinada sobre vuestro hermoso pecho.» Esto os demostrará que aún conservo encantos suficientes para que vuestra cabeza quede adornada como un trofeo de caza. Sin embargo, os doy la preferencia. Si no queréis quedar en ri-

SUCEDIDO



Tabernero.—Cebió tres huevos duros ¿no es eso Parroquiano.—No, son dos nada más.

Tabernero.—Caballero, me parece que ha tomado usted tres.

Parroquiano.—No he tomado más que dos; de ser tres lo diría. ¡Qué interés tengo yo en pisarle á usted un huevo!

dículo parad el golpe, querido amigo, y... tomad vuestras disposiciones.

El barón, sentado en un sillón, se decía á sí mismo: —Tomad vuestras disposiciones, vuestras disposiciones...

Súbitamente se dió una palmada en la frente, levantóse y, sonriente, cubrió su hermosa cabeza con el sombrero que adornaban blancas y rizadas plumas, ciñó su

espada y salió calzando sus guantes al tiempo que silbaba la canción en boga.

La opulenta matrona se consumía de impaciencia y de rabia al ver que su marido acentuaba su indiferencia y su desdén.

¿Cómo él tan puntilloso en cuestiones de honor aceptaba su escandalosa conducta?

Al fin decidió la prueba decisiva, más por venganza que por otra cosa y tras de prometer al caballero de Parmesans el cordón azul del Espíritu Santo y entregarle una carta de recomendación para el cardenal Dubois logró del intrigante que se prestara al juego.

Cuando el barón penetró en la alcoba sus uñas se clavaban en las palmas de sus manos, pero, dueño de sí, se sonrió y saludó con exquisita cortesanía á los adúlteros.

—Caballero — exclamó la esposa — ya no podréis oír sin sobresalto el cuerno de caza. San Humberto es ahora nuestro enemigo. ¿No es dije que tomarais vuestras disposiciones?

—Oh, señora, escuché vuestro consejo y mis disposiciones no han podido ser mas acertadas: la esposa del caballero de Parmesans es mi amante desde hace tres días, y ayer el cardenal Dubois me entregó una disposición dal Padre Santo anulando nuestro matrimonio!

Y el magnífico roué terminó exclamando:

—¿Qué tenéis que decir de mis... disposiciones?...

MISTINGUETTE

París, 18 de Noviembre de 1913.



El niño.—¡¡Mamá... Adelita no me deja escribir... me está meneando la mesal!

La mamá (desde dentro).—¡¡¡Como se la sigas moviendo te doy unos azotes, nifitall!

A un sacamuelas

Buscando un matrimonio ventajoso, encontró una mujer ascosa y fea á la misma que explota y no desea, aunque el nombre le dió de amante esposo.

Vendió el alma al diablo, y orgulloso caballero en un potro se pasea, mas no sin que le tilde el que le vea de ruín, de fantasmón y jactancioso.

Con el dinero de su esposa en caja, ha podido dejar la barbería éste Figaro rico... y maltrabaja.

Pero el pobre es barbero todavía, él no tiene en las manos la navaja, pero sí en el cerebro la... *bavía*.

Gonzalo CANTÓ

Leed en EL LIBRO POPULAR

LA VICTIMA

novela completa por

ROBERTO MOLINA

20 céntimos

El fenómeno

Se oye de muerte el formidable toque, y en tanto que la gente gruñe y chilla, e espada encomiéndose á San Roque y brinda á una manola de mantilla.

Coge luego con impetu el estoque se arregla coquetón la taleguilla, y entre una bronca atroz que es el disloque del toro va á pinchar la rabadilla.

Se oyen mil palabrotas indecentes; le mientan al maleta los parientes y hay quien pide para él garrote vil.

El señor presidente se arma un líe, porque le llaman animal y «tío» y al fin surgen los mansos del toril.

Jesús ACEDO



—¡Qué asadura más gorda tienes!

—Sí, niña, gorda, ¡mu muy gorda!

BOTÓN

(Diálogo cogido al vuelo,
de principal á entresuelo)

—¿Qué hay de «lo» de Encarnación?

—Pues que me ha dicho Maroto

que ella ha sido quien ha roto
y se ha deshecho la unión...

—¡Mira tú lo que es la vida!

En el caso de Isabel

el que ha roto ha sido él

¡y los casan en seguida!

José LEBRÓN

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S. A.)

IMPOTENCIA

ó debilidad genital, se cura con
las Perlas-Leroy. Caja, 7 ptas.
F. Gayoso. Arenal, 2, Farmacia.

SEGURIDAD ABSOLUTA

La tendréis si usáis las gomas
higiénicas que vende

LA MASCOTA
GATO, 4.

Catálogo gratis enviando sello.

TRES LIBROS INTERESANTES

Tortilla al ron 3 pesetas.

Los quince goces del matrimonio. 1 "

Misterios del lecho conyugal. 0,50 "

Se envía á provincias el libro que se desea remitiendo su importe, más 0,40 para
franqueo y certificado. PIDIENDO LOS TRES LIBROS se envían certificados por CIN-
CO pesetas. Al extranjero van por CINCO francos ó UN DOLLAR.

Los pedidos con su importe, dirijanse únicamente á Antonio Ros, librero, Jaco-
metrezo, 80, 4.º derecha, Madrid.

Exportación de revistas y periódicos á América.

Suscripciones á todos los periódicos de España.

Almanaque de "La Hoja de Parra"

Está en prensa un Almanaque en el que los chicos de LA HOJA DE PARRA nos
proponemos hacer verdaderas locuras.

Escritores como Dicenta, Répide, Cristóbal de Castro, El Sastre del Campillo,
Francés, Diego San José, Carrere, Bejarano, Carlos Miranda, F. Periquet, Asensio
Más, López de Haro, Gil Asensio, Jerónimo Gómez, Cantó y otros muchos indocu-
mentados, han enviado regocijantes artículos y poesías.

Artistas como Julita Fons, la Fornarina, Pastora Imperio, Tórtola Valencia, La
Goya, La Maravilla, Pepa Sevilla, Raquel Meller, La Argentina, Blanca Stella, Elvira
Ferrer y Vicenta Vargas, cuentan desde El Confesionario sus intimidades y aven-
turas amorosas.

De los monos y fotografías se han encargado los pobrecitos Iovar, Demetrio, Cy-
rano, Robledano, Marín, Galván, Acedo, Ciria, Walery, Alfonso, Kaulac, Enrique,
Calvache, etc.

Nuestro Almanaque irá impreso en papel «couché», la portada y contraportada se-
rán dos tricolores estupendos, tendrá una barbaridad de hojas y costará...

No queremos decir lo que costará para que la sorpresa y agrado del público sean
mayores.

Costará una pequeñez